



sobre la situación de los migrantes centroamericanos en México, la obra de Villafuerte da testimonio del traumático paso de hondureños, salvadoreños y guatemaltecos en su lucha por sobrevivir a sus abusadores: la policía de migración mexicana, los padrotes y madrotas, las violaciones y agresiones sexuales hacia las mujeres, particularmente las hondureñas, quienes tienen que ingresar a la prostitución para ganar dinero a cambio de no ser denunciadas ante las autoridades. También encontramos historias de personajes mexicanos igualmente miserables, de niñas enroladas en la prostitución y de mareros.

El burdel en los cuentos de Nadia Villafuerte se convierte paradójicamente en espacio de protección; las calles son peligrosas, el acento delata el sello de la ilegalidad de los migrantes en México, por lo que es preferible permanecer ahí, ganar dinero y avanzar hacia el norte.

Nadia Villafuerte apuesta por la literatura como proyecto literario, pero inevitablemente se ocupa de los temas que le interesan y que han sido cercanos a ella. Sus cuentos son un mosaico cultural de historias de personajes centroamericanos que pasan por el miserable pueblo de Tapachula y otras ciudades mexicanas, así como de la discriminación de los mexicanos del sur que utilizan vocablos despectivos como *cachuco* (guatemalteco), *catracho* (hondureño) o *guanaco* (salvadoreño) para denostar a los que también son miserables. El territorio mexicano, por tanto, se convierte en un espacio de poder e identidad que da derecho a mancillar, abusar y violentar al otro. Así, el trato que los mexicanos reciben por parte de la migra y los cazamigrantes estadounidenses se repite en México hacia los centroamericanos; los mexicanos no comprenden la miseria de sus vecinos, por eso repro-

ducen las formas de los norteamericanos.

Quien cruza la frontera deja su país, sus costumbres, su familia y su lengua. Deja también atrás los sellos de identidad nacional adquiridos desde la letra de los himnos patrios que aprende en el colegio y exhortan a la defensa de la libertad nacional. Quien cruza fronteras en ocasiones se convierte en delincuente, aprende costumbres, modismos y formas de sobrevivencia. Cruzar fronteras obliga a aculturarse, mirar al pasado, añorar a la familia y despreciar la miseria. De estas historias de olvido se ocupa Nadia Villafuerte.

Su libro *Barcos en Houston* está compuesto por quince cuentos cuyos personajes son principalmente mujeres: la ilegal centroamericana que vive en Tapachula y pasa la Navidad sin su familia, la marera que ahora vive en Suncery, asesina a su hermano por haberla violado y, además, se desilusiona del amor y dice no tener sueños, pues “sueños sólo las putas y los futbolistas”.

Los personajes femeninos de Nadia Villafuerte también son mujeres que tienen relaciones sexuales con los trailers que las acercan al norte, o que ingresan al pandillerismo como única opción para sobrevivir en medio de la violencia de los grupos de maras. También desfilan por estos cuentos prostitutas en etapa avanzada de SIDA que continúan trabajando en los bares fronterizos, que obtienen credenciales de identidad falsas para hacerse pasar por mexicanas, que cambian su nombre de pila por otros más exóticos, que sueñan entablar una relación con un gringo para que su situación migratoria sea distinta.

Por su parte, en el libro *¿Te gusta el látex, cielo?*, publicado por el Fondo

Editorial Tierra Adentro y compuesto por diez cuentos, Nadia Villafuerte incorpora algunas historias de personajes mexicanos y centroamericanos que viven en Estados Unidos; se ocupa de homosexuales que se travisten para trabajar en los bares fronterizos y que incluso se ven envueltos en crímenes. La presentación que hace la autora sobre la frontera sur denota el atraso social y la pobreza extrema. Tapachula es para los ilegales centroamericanos un espacio sórdido y violento a la vez que significa un lugar de paso en el que pueden trabajar, convertirse en criminales o asaltantes,

ingresar a una pandilla y crear su propia frontera donde cobran cuotas e imponen sus leyes.

Con igual penetración, Villafuerte se ocupa de los mexicanos que viven en Estados Unidos y cuyos hijos no sienten una identidad nacional. En el cuento “Cajita feliz” se habla del matrimonio de un mexicano y una hondureña, así como de sus hijos: niños nacidos en Estados Unidos que tienen nombres norteamericanos, que no comprenden ni se interesan por la cultura de sus padres y forman una identidad alternativa, pues conservan la marca de la migración.

A lo largo de los cuentos de Nadia Villafuerte los personajes viven situaciones sórdidas, están en contacto y conflicto, hacen y padecen engaños, violaciones, abusan unos de otros. Se trata nuevamente de un mosaico cultural de seres desterrados por la miseria, que delimitan sus propias fronteras, que inventan sus propias leyes, que utilizan el cuerpo como pasaporte, que olvidan o rememoran su pasado. ~

